

La tierra del olvido

ANA MARÍA PUENTES PULIDO

Mientras el cielo se pintaba de los colores del atardecer, doña Eloísa se disponía a volver a su casa. En sus manos llevaba la bolsa de compras, y en el bolsillo, la libreta de apuntes. Cuando llegó, tachó “Ir de compras” de la lista. Cocinó y tachó “Preparar ajiaco”. Y se acostó sin comer, porque había olvidado escribir “Cenar” en la libreta.

A sus ochenta años, eran muchas las cosas que Eloísa no podía hacer por sí sola, entre ellas recordar. Su doctor había resuelto no recetarle más pastillas; decía que “a esas alturas de la vida era mejor remedio olvidar”, y le dio la libreta que llevaría hasta la muerte. Era una libreta de hojas amarillas y pasta dura. Doña Eloísa la había dividido en dos partes. La primera la diligenciaba todos los días apenas se levantaba, allí escribía su rutina (que era básicamente la misma todos los días) y, cuando finalizaba las tareas, las iba tachando de la lista. Un día había olvi-

dato tachar “desayunar”, y comió arepa y tinto durante todo el día hasta que sospechó que, o había olvidado un detalle, o no podía dejar de recordar algo. La segunda parte de la libreta consistía en unas escasas diez hojas; esta sección estaba destinada a las cosas que doña Eloísa había de recordar siempre: que el año tiene 365 días, que para el dolor de espalda basta con una aromática, que en caso de sentirse mal llamara al número esbozado en la hoja, que un día habría de morir y que su esposo ya había muerto. Esa última nota le sacaba de aprietos cuando, después de gritar su nombre por toda la casa, comprendía por qué no le respondía.

Pero había algo que doña Eloísa nunca pudo olvidar: catorce nombres y la certeza de un vientre seco. Aseguraba que el Espíritu Santo le había revelado los catorce nombres de los catorce hijos que llevó en su vientre pero que nunca vieron la luz. Y por



eso llevaba colgadas al cuello catorce cadenas de metal barato, una por cada vástago, que más que adornos parecían las cadenas que la atarían toda la vida a sufrir por lo que nunca fue.

Dirigir su día por tareas simples anotadas en papel le dejaba gran tiempo libre. Era entonces cuando entraba en esos estados de somnolencia, de epifanías improductivas, pensaba y moldeaba en su mente ideas absurdas y brillantes, pero que permanecían un par de minutos con ella y luego desaparecían para siempre, sin convertirse jamás en voz ni en tinta sobre papel. Una vecina, que ya había notado el carácter soñador de doña Eloísa, le había aconsejado en más de una ocasión compartir esas ideas.

—Vea que a usted no le faltan las buenas ideas —le insistía—. Debería escribir y pedirle a alguien que le ayude a publicar.

—A nadie le hace falta lo que yo pienso —respondía Eloísa de mala gana.

—Para los jóvenes y los niños nunca están de más unas palabras de quien ha vivido más que ellos.

—No, a ellos no vale decirles nada. A esa edad no se ha aprendido a escuchar.

—Se ha aprendido a leer, por lo menos.

—Pero no a recordar. Estamos condenados a olvidar y vivir en el olvido toda la vida.

—¿Entonces lo guardará todo para usted?

—Es lo único que es mío, aunque sea poco.

Lo que la gente no sabía es que esa genialidad oculta de doña Eloísa no era cosa de la vejez, ni mucho menos de la experiencia; esa chispa siempre había estado con ella. Desde pequeña había notado que pensaba y divagaba cosas que los demás no llegaban a imaginar. A veces escribía en trozos sueltos de papel cuentos, poemas y breves ensayos, pero luego los guardaba y dejaba que se perdieran. No permitía que nadie leyera sus líneas porque, las pocas veces que había mostrado sus obras, sentía que le veían el alma. Por eso prefirió la vida de una persona ordinaria. Optó por ser un fantasma, no dejar huella. Ser un soplo de vida ordinario. Solía pensar que haber aprisionado ese talento en el olvido la había condenado a no recordar nada, a perderse como sus ideas. Y entonces entendió su esterilidad: no estaba hecha ni para ser madre de sus propios pensamientos.

De ahí que la muerte no fuera motivo de preocupación. Empezó a morir en vida cuando olvidó cuál era su nombre, cuando olvidó los motivos para existir... porque nunca pudo dar nada. Le daba lo mismo si moría hoy o mañana. Es más, un día llegó a preguntarse por qué aún no había muerto.

—¿Flaca, tampoco puedes recordar?
¿También te olvidaste de mí? —decía con frecuencia.

* * *

Una noche, mientras tomaba tinto y pensaba en nada, sintió frío. Quiso buscar una manta, pero al intentar levantarse, se encontró con que su cuerpo perezoso la ataba a la mecedora, y fue en ese intento de luchar con su cuerpo cuando la vio. Estaba junto al marco de puerta, mirándola sin ojos. Era como le habían dicho: una túnica negra abrigaba su cuerpo huesudo, alta y delgada, no podía verle la cara, quizá era mejor así.

—¿Qué quieres, flaca? —le preguntó con tranquilidad. Pero no le contestó.

—¿No eres muy conversadora, verdad? —insistió.

La Parca se limitó a extender su mano, como si pidiera algo. Y Eloísa supo qué era lo que quería. Del bolsillo sacó, con mano firme, la libreta y se la entregó.

Poco a poco la distancia entre ambas fue haciéndose más pequeña. Doña Eloísa solo alcanzó a sentir cuando Ella puso sus helados dedos sobre su frente y luego nada más.

Con su dedo esquelético, La Muerte tachó “Morir” de la libreta. La guardó bajo la túnica y marchó de regreso, con paso solemne, a la tierra del olvido. ■■